

La Antigua Guatemala y el trabajo de Wilson Popenoe y Jorge Castañeda

Lorena Lemus Molina

En esta comunicación intentaremos presentarles a dos personas muy importantes para la ciudad de la Antigua Guatemala. Explicaremos cómo las ciudades, que son el producto de una comunidad, pueden ser transformadas por la visión contemporánea de algunas personas, quienes, desde su singularidad y su propiedad privada, hacen un esfuerzo extra y logran encontrar la forma de inyectarle vida y cultura a la sociedad. Al verlos como un ejemplo, estos se transforman, a su vez, creando una cadena interminable que no solo resulta beneficiosa para estos primeros hombres y propietarios, sino para todos aquellos que comprendan su visión y se animen a seguirlos.

La ciudad de Santiago de Guatemala, hoy la Antigua Guatemala¹, fue parcialmente destruida por los terremotos que tuvieron lugar entre julio y diciembre de 1773. En los primeros momentos, los habitantes, presos del pánico, estuvieron de acuerdo en reubicar la ciudad y asentarse en un paraje donde hubiera menos terremotos e incertidumbre. Luego, con el tiempo, empezó a haber cierta polémica, y había un grupo que deseaba quedarse y otro que quería marcharse.

Hubo un intenso debate y, al final, fue aprobada la traslación de forma temporal al Valle de las Vacas en 1775. La ciudad antigua debía abandonarse totalmente para enero de 1776, y los habitantes debían quedarse definitivamente en la capital en el Valle de las Vacas. Esas eran las intenciones del presidente Martín de Mayorga, quien, con la aprobación del rey, decretó que todos los habitantes de Santiago se mudaran al nuevo terreno.

Mayorga tenía la intención de usar la ciudad como cantera y, para eso, mandó retirar puertas, ventanas, columnas y piedras de algunos edificios públicos. Las personas que se trasladaban también se llevaban lo que podían para empezar una nueva vida en la nueva ciudad.

¹ Para la historia de la ciudad de la Antigua después del terremoto seguimos a Sánchez, 1989.

A pesar de todas las leyes y decretos, la ciudad nunca fue abandonada en su totalidad.

Para 1781, la Antigua no tenía ni siquiera denominación de pueblo, no se consideraba más que una ruina y, por eso, no tenía denominación alguna ni nombre jurídico. Se sabe que ya no castigaban a los que siguieron en la Antigua, cuando el propio alcalde de Sacatepéquez solicita que se le deje volver a habitar en la Antigua Guatemala en 1786.

A pesar de eso, para 1787 todavía se siguen transportando materiales desde la Antigua hasta la nueva ciudad de Guatemala (Sánchez, 1989).

La población en la Antigua Guatemala durante la época previa al terremoto de 1773 era, según datos recopilados por Johan Melchor, de aproximadamente 30,000 almas. Por el terremoto mismo y por una serie de epidemias que azotó la zona, se calcula una baja de aproximadamente 4,000 personas.

Tras la movilización de las personas a la Nueva Guatemala en 1795, contamos con un censo de 5,778 personas, ya corregidos los números para que cuenten los niños menores de 7 años. Como se ve, la población descendió a menos de 6,000 habitantes. Según se siguen analizando los datos hasta 1820, la población nunca aumentó, sino que siguió descendiendo poco a poco en este primer período de la historia de la ya Antigua Guatemala (Melchor, 2003).

Podemos asumir que el descenso de la población se daba porque los jóvenes emigraban a Guatemala a buscar mejores oportunidades laborales, de estudios y económicas. Para este momento, hay una industria de paños y otra de salitre que es de muy buena calidad, pero esto no es suficiente para emplear a toda la población.

En la primera parte del siglo XIX, podemos encontrar recomendaciones o bandos, donde los alcaldes piden a sus habitantes que limpien la acera frente a su casa y la de enfrente de ella si está deshabitada. Esto es porque muchas viviendas están desocupadas y en ruinas. También se les pide a los propietarios que tienen casas abandonadas en la Antigua que las tapien para que no entren los bandidos e invasores. Los conventos van vendiéndose poco a poco para que las comunidades religiosas puedan seguir pagando sus construcciones en Guatemala (Sánchez, 1989).

De las personas que se fueron en un principio a la Nueva Guatemala regresaron unos a la Antigua, porque el clima era más beneficioso, otros regresaron temporalmente solo a mejorar

sus propiedades, a poner un guardián, a cerrar muros, limpiar escombros, etc. Pero muchos otros no volvieron a preocuparse por sus viejas propiedades, ni ellos ni sus herederos.

Muchos viajeros recorrieron el país y visitaron la Antigua Guatemala. Acá podemos leer un par de extractos de sus explicaciones, pero queremos puntualizar que para el visitante europeo o estadounidense la ciudad tenía una belleza romántica de decadencia, abandono, tristeza y añoranza por los viejos tiempos, era una ciudad donde lo moderno no llegó y, a ellos, esto, junto con la vegetación exuberante y las ruinas cubiertas de maleza, les parecía muy hermoso.

George A. Thompson, diplomático británico que visitó Guatemala en 1825, describe así la Antigua:

... Toda la ciudad muestra un extraordinario panorama de romántica ruina. Hubo en ella no menos de cincuenta o sesenta edificios religiosos, vestigios de los cuales aún se pueden apreciar con mirada observadora; entre otros, se yerguen columnas aisladas como enormes fantasmas en medio de un sombrío bosque.

Y añade:

... Pero las construcciones posteriores, que se han edificado de acuerdo con lo que prescribe la ley, no pasan de dieciocho pies con sólo un piso, en el mismo estilo que las de la nueva ciudad.

Ha desaparecido ya el miedo a los terremotos (hace veinticinco años que ocurrió el último), están edificando residencias por todas partes, sin prestar la menor atención a la comodidad o al ornato. En realidad, hay tan pocas residencias que dos o tres familias se ven forzadas a vivir en la misma casa (Lara Figueroa, 2010).

De esta explicación nos queda la idea de que hay población, pero que son en su mayoría pobres y muchas familias en una vivienda, como sucedía en la Casa Popenoe².

Henry Dunn, quien visitó Guatemala en 1827, describe de esta manera la vieja ciudad de Santiago en ruinas:

Conventos, iglesias, palacios y edificios públicos de diverso tipo, se muestran ante su mirada todos en ruina y casi cubiertos de musgo; paredes con grandes aberturas y piedras enormes que amenazan listas a caer sobre el que va pasando, permanecen igual que hace cincuenta años, cuando los habitantes la abandonaron, temerosos de ser soterrados por los escombros... Muchos de estos edificios son de calidad arquitectónica superior muy por encima de edificios similares en la nueva capital (Lara Figueroa, 2010).

² Cuando Wilson Popenoe compró la casa, había varias familias invasoras viviendo juntas.

Muchos de los visitantes aseguran que la arquitectura en la Antigua era superior a la de la capital, probablemente por la pátina de ruina y lo romántico de eso, o quizá porque consideran siempre que lo pasado es mejor.

Otro factor para pensar que la fábrica es de mejor calidad podría ser que, cuando se trasladó la ciudad, hubo muchos problemas financieros, que en parte motivaron la independencia de España. Pero, por muchos años, no había dinero suficiente para hacer grandes obras arquitectónicas (Cultura, 1968).

John L. Stephens, en 1841, en su libro *Viaje a Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, dice de la Antigua Guatemala:

A cada lado se encontraban las ruinas de las iglesias, de conventos y de las residencias privadas, grandes y valiosas, algunas reducidas a escombros, otras con las fachadas aún en pie, ricamente decoradas con estuco, agrietadas y con grandes aberturas, sin techo y sin puertas ni ventanas y con árboles creciendo en el interior hasta arriba de los muros. Muchas casas ya han sido reparadas, la ciudad está repoblada y presenta un extraño contraste de ruina y restauración (Lara Figueroa, 2010).

Como dijimos, había, durante ese período, muchas casas en ruinas, probablemente menos que al principio del abandono, pero, debido a problemas legales, monetarios o falta de interés de sus dueños, estas casas permanecieron en ruinas por mucho tiempo, incluso, hasta el día de hoy, podemos seguir observando (aunque cada vez menos) casas en ruinas.

Ya para 1850 había una población de aproximadamente 9,000 personas, la mayoría de ellas de bajos recursos. Acá vemos cómo poco a poco empieza a incrementarse la población. En 1820 quedaban 5,226 personas según las estadísticas proporcionadas por el Cuadro VII-2 (Melchor, 2003, pp. 46) y, treinta años, más tarde la población se había multiplicado.

Ya desde mediados del siglo XIX, poco a poco se tratará de reconstruir los edificios en la Antigua, especialmente con la llegada de José Rafael Carrera en 1851. Se empezó a reconstruir el Palacio Real de los Capitanes, cuyas columnas estuvieron guardadas en una bodega por mucho tiempo; también se hacen obras en la Catedral, se amplió el atrio, se fabricaron nuevos retablos. También en el Palacio del Ayuntamiento se hicieron obras y se puso un gran reloj. Se restauró el templo de la Merced y se ensanchó el hospital que estaba bajo la orden de los

hermanos de San Juan de Dios, se repararon los puentes del río Pensativo y, en general, se hicieron muchas obras de mantenimiento (Annis, 1968).

Sin embargo, todos estos trabajos que se hicieron en ese período eran trabajos puntuales, sin que se pensara en una propuesta global de mejora de la Antigua y de sus habitantes, y sin que se llevara un estudio arqueológico o histórico de las mismas antes de la intervención.

Debido a las pestes de langosta y a la bajada del precio en el mercado, el presidente Carrera empezó a cuestionar el cultivo de la grana y a sugerir otras alternativas, entre ellas el café. El café se fue propagando poco a poco, se fueron sembrando los alrededores de la destruida ciudad e incluso los solares en ruinas fueron ocupados con plantaciones de café. Se desmontaron techos y derruyeron paredes para sembrar entre las ruinas y evitar el congelamiento de la fruta tierna durante los amaneceres de diciembre y enero especialmente. Hacia finales del XIX podemos encontrar edificios importantes en la Antigua Guatemala, como el palacio del Ayuntamiento colonial donde funcionaba la municipalidad, la comandancia militar, la fiscalía de la plaza y la prisión de varones. También estaba en buen estado la antigua Universidad de San Carlos, que era una escuela de varones y tenía un teatro en el salón de actos, y el Hospital de los hermanos de San Juan de Dios, que ocupaba casi una manzana completa y estaba bien atendido para la época. Por lo demás, en su artículo, Aceña comenta que la ciudad estaba poblada por familias de escasos recursos, y expresa su deseo de que la ciudad se llene de casas de recreo lujosas y de que haya gente acomodada paseando por sus calles y visitando sus balnearios (Aceña, 1896).

A finales del siglo XIX, el arqueólogo Alfred Percival Maudslay y su esposa visitaron Guatemala. En su libro *A Glimpse at Guatemala*, describen cómo encontraron la Antigua Guatemala: Antigua nunca estuvo totalmente desierta, y aunque ahora no está más que medio viva, está de alguna forma incrementando su riqueza e importancia. Hay servicios religiosos en las dos o tres iglesias que sobrevivieron al desastre, aunque el resto de las estructuras religiosas estén destechadas y perdiéndose en ruinas. Otras, que todavía tienen techo se usan como talleres de herreros, e incluso hay una que se convirtió en una gran fábrica de muebles...

...Hay muy poco que recuerdo al viajero del mundo moderno en Antigua, ya que es en todo aspecto un lugar encantador del viejo mundo, con sus largas y estrechas calles, bajas casitas blancas, encantadores patios y su magnífica plaza (Maudslay, 1898)

La mayoría de los edificios civiles y religiosos que sobrevivieron a la destrucción de los terremotos y el abandono son del siglo XVII y XVIII, y son grandes ejemplos de la arquitectura colonial en América. Sus edificios masivos y torres bajas fueron diseñados para mantenerse de pie ante los constantes terremotos que asolaron la región. Los arquitectos guatemaltecos diseñaron, a pesar de todo, unas fachadas únicas con ornamentos en estuco y grandes fachadas retablo con su propia interpretación de los grabados.

La Antigua del siglo XIX no era la hermosa ciudad colonial que ahora conocemos, pero sobrevivió. Los visitantes hablaban de la Antigua como un lugar donde la modernidad no había llegado, pero con mucho encanto en sus blancas casas y bajos techos y en sus calles ajedrezadas. Esta forma de ajedrez en la ciudad es lo único que recuerda a la ciudad del siglo XVI, y es uno de los mejores ejemplos de planificación urbana en América Latina.

Se siguió comerciando con el nopal, la grana y, poco a poco, fue introduciéndose el café. En 1880 era el primer producto de exportación que tenía Guatemala, ya superados el añil y la grana.

A fines del siglo XIX, se mencionaba las aguas potables y medicinales de temperatura templada que había en los alrededores de la ciudad; los baños de Almolonga eran conocidos por curar las afecciones nerviosas, y los de Medina por ayudar con los problemas cutáneos. También estaban los de Ciudad Vieja y los del Cubo, aunque algo retirados del centro de la ciudad, y a los que había que llegar en carruaje, pasando por caminos que había a ambos lados las plantaciones de café (Aceña, 1897).

Para 1920, empezó a florecer significativamente el café, gracias al final de la Primera Guerra mundial, a la implementación de los trenes que llegaban a las costas y, finalmente, al comienzo de la ley Seca en Estados Unidos. Esta Ley Seca hizo que la población estadounidense se volcara en el consumo del café. Empezaron a importar café costarricense y guatemalteco. Al subir el precio del café en los años 20, la Antigua, cuyo principal cultivo era el café, vio cómo, de pronto, sus ingresos aumentaron y las personas empezaron a tener mayor libertad para mejorar sus viviendas y hacer nuevas casas.

El príncipe Guillermo de Suecia, quien vino en 1920 y escribió un libro acerca de su viaje, habló sobre que había muchas casas, iglesias y palacios que recordaban lo hermoso que era cuando

fue la capital de Guatemala, pero que veía que, en las restauraciones que hacían, se perdía inevitablemente la esencia de lo antiguo (Sweden, 1922).

Mientras vivían en Tela, Honduras, Wilson Popenoe y su esposa Dorothy iban cada cierto tiempo a Guatemala, a las tierras altas, a estar en climas más agradables y frescos. Siempre estuvieron atraídos por Antigua Guatemala y sus ruinas, y fue entonces que empezaron a buscar una casa para comprar y restaurar. Wilson tenía un recuerdo diferente de la Antigua, la Antigua de 1916, cuando la vio por primera vez.

Ya con mayor disponibilidad económica de la que habían tenido hasta entonces, sintiéndose atraídos por el clima, las aguas termales en las cercanías y por la productividad que se estaba realizando en la Antigua, los guatemaltecos empezaron a adquirir propiedades y a construir casas solariegas. También algunos pobladores pudieron rehacer sus propias casas, pero todo lo que se construía era nuevo, casi nunca se intentaba dejar algo que recordara el pasado colonial, a excepción de algunas pocas viviendas como la Posada de don Rodrigo, donde dejaron como recuerdo algunos elementos antiguos, adquirieron otros e hicieron una mezcla final que resultó no tan “colonial” sino un tanto historicista.

Wilson y Dorothy, después de ver entre 15 y 20 casas, se decidieron por la que quedaba en la 1º av Sur y 5º calle Oriente esquina. La compraron en 1930 por \$2,000.00, y los impuestos sobre la renta eran \$4.85 (Rosengarten, 1991). Cabe decir que, como muchas otras casas en la Antigua Guatemala, esta casa tenía varias familias de “invasores.”

Para entender el tipo de “ganga” que compraron los Popenoe, hay que pensar que esa casa estaba habitada por invasores desde hacía unos 150 años. Estas familias, que eran al menos tres, no habían hecho mucho por mantenerla, y mucho menos por mejorarla. El patio central principal estaba lleno de basura y escombros, entre otras cosas, y, además, los techos había que cambiarlos casi en su totalidad, y los suelos, a excepción de una pequeña parte, había que reponerlos. Incluso una parte de la casa estaba muy deteriorada o en ruinas.

El mismo año que la compraron, el matrimonio Popenoe se dedicó a la restauración de su casa.

Comenzaron contratando a los mismos invasores para que los ayudaran a limpiar la casa y a hacer diferentes oficios hogareños. Como resultado de esto, al año pudieron sacar a los

invasores sin que mediara ningún pleito verbal o judicial. Muchos de estas personas que trabajaron con ellos en descombrar o limpiar y cocinar al principio, siguieron trabajando con los Popenoe muchos años más.

La idea de los Popenoe desde el principio era restaurar una casa colonial y hacerlo de la forma más exacta posible. Buscaron muebles de esa época, compraron pinturas y esculturas, adornos y decoraciones propias de la época, y se esmeraron por hacer una casa auténticamente colonial. Lo que encontraron en pie y podía ser comprendido fue lo que restauraron. Incluso las partes de la casa que estaban totalmente en ruinas las dejaron como ruinas porque no podían estar seguros de lo que realmente había sido. Fue tal su entusiasmo, que incluso dejaron la cocina colonial sin modernizar, y solo en la cabaña que construyeron al principio en una zona derruida fue el único lugar donde, durante años, los habitantes podían tener electricidad o usar los lavabos.

Lo más importante de toda esta restauración, muy correcta, fue que, ya desde tan temprano como 1932, cuando todavía no habían terminado de restaurar la casa, invitaron a amigos y viajeros a conocer una verdadera casa colonial, que ya se sabía que existía y era reconocida como la Casa Popenoe. La noticia corrió por todo su círculo y siempre estuvieron alternando su tiempo entre la restauración, la compra de antigüedades y atendiendo a viajeros y visitantes curiosos.

Como dijimos en el párrafo anterior, los Popenoe fueron restaurando la casa y la fueron enseñando a sus amistades, a las personas que visitaban la Antigua, y fueron demostrando, así, que se podía rescatar una casa colonial y que el siguiente paso sería rescatar la ciudad colonial y hacerla utilizable, habitable y disfrutable. El proceso fue paralelo para otras personas que se interesaron por empezar a comprar y restaurar al igual que hizo Wilson Popenoe, como fue el caso de Mildred Palmer y su Casa de las Campanas, la cual compró meses antes que Wilson Popenoe, y la Casa de Matilda Gray y, más tarde, la de Verle Annis. Ya en 1932, Wilson Popenoe y sus conocidos empezaron a hacer el primer comité no gubernamental, solo de propietarios, para preservar la Antigua y evitar la destrucción de su legado. La visión de Wilson Popenoe y de Dorothy no era solamente restaurar una casa colonial, era restaurar una casa colonial como debió ser en la época colonial y que, a los

visitantes, especialmente si eran antigüeños y propietarios, les gustara y desearan hacer lo mismo con las otras casas coloniales.

Según una carta de la señora Mary Whitehouse, amiga y vecina de Dorothy en la ciudad de Guatemala, en la mente de los Popenoe estaba empezando a verse la Casa Popenoe como una casa museo de referencia:

Ella (Dorothy) estudió en detalle la historia de Guatemala, leyó ampliamente en español y en inglés. Restauró una gran casa con cinco patios en la Antigua. Su emoción en preservar esta casa era conmovedora. Ella encontró una ruina y hoy (tres años después) es una vivienda colonial española de la mejor época, con sus muros viejos y sus ventanas libres de escombros. Todos los visitantes de la Antigua pasan a ver la casa. Ese era su deseo. Algún día la casa debería convertirse en museo (Popenoe, 1933).

En 1934, Verle Annis vino a la Antigua por primera vez, y estuvo sacando muchas fotografías de la ciudad y de la Casa Popenoe. Dos años más tarde, Louis Adamic también vino a la Antigua y estuvo un mes en casa de los Popenoe. Como resultado, escribió un libro que fue publicado en 1937, donde describe la romántica historia de la casa desde 300 años atrás, y logra captar el espíritu de la restauración que habían deseado Wilson y Dorothy. El libro fue un éxito total que atrajo a más turistas a ver la casa y la Antigua Guatemala. En este momento, también los guatemaltecos empezaron a ver lo interesante de conservar la ciudad y las casas. No solo por su legado histórico sino por el turismo que empezaba a venir con mucha más frecuencia a visitar la Antigua y todas las posibilidades que el incremento del turismo podía dar a los antigüeños.

En 1943, durante el gobierno del general Jorge Ubico, comenzaron los trabajos de preservación de Capuchinas. En 1944, la fuente de los franciscanos se traslada a la Merced. También ese mismo año, es declarado Monumento Nacional a Antigua Guatemala, por las recomendaciones del Embajador Boaz Long, a quien con anterioridad habían contactado Wilson Popenoe y Verle Annis.

Verle Annis siguió visitando la Antigua Guatemala periódicamente, y recolectó más de 40,000 fotografías de la ciudad. En 1968 escribió *La arquitectura de la Antigua Guatemala*, un documento muy importante para los estudiantes de historia de la arquitectura de Guatemala.

En él, cuando describen la casa antigüeña, irremediamente nos vemos con la descripción de la Casa Popenoe. Verle Annis explica que deseó haber venido dos décadas antes de 1936, cuando vino por primera vez, para poder registrar la ciudad sin casi ninguna intervención desde su abandono (Annis, 1968).

La Casa Popenoe no solo se constituyó como una popular atracción turística, sino que fue el enlace cultural con el pasado de la Antigua Guatemala (Rosengarten, 1991). Y así lo entendieron muchas personas a lo largo de estos 80 años, porque la Casa Popenoe se ha convertido en la referencia para cualquier restauración o nueva construcción que se desee hacer.

Muchas de las características personales no coloniales que tiene la Casa han sido repetidas hasta la saciedad, es el caso del color rojo, que ahora se llama rojo antigüeño, el intrincado diseño de madera de algunos muebles que no tiene origen colonial, o, sin ir más lejos, las chimeneas, ese elemento que está presente en casi todas las casas acomodadas de la ciudad y en las habitaciones de hotel. La chimenea fue un elemento que agregó Wilson Popenoe a su casa en 1937, cuando, después de haber terminado la restauración, se decidió por agregarle algo más a la casa, solo que es un elemento que no se utilizó en Santiago de Guatemala durante la época colonial.

Los jardines con césped también es un gusto añadido de Wilson Popenoe y Dorothy, no sabemos por qué nunca desescombraron el patio central, es más, prefirieron rellenarlo más y colocar césped. que es muy hermoso y adorna muy bien. Ahora, cuando pensamos en una casa colonial, la imaginamos con un hermoso jardín rodeado de cuatro corredores, pero, en la época colonial, era un patio bajo, y de piedra si la casa era de gente acomodada. Los corredores y habitaciones de las viviendas estaban alzados entre 0.80 cm y 1 metro arriba del nivel de la calle. Los carruajes entonces podían entrar al patio central y desalojar a sus ocupantes con comodidad, y así también se evitaban los problemas de inundaciones que acosaban tan seguido (y siguen acosando) en época de lluvia a las calles antigüeñas.

Por supuesto, no todo siguió avanzando viento en popa para proteger el legado colonial, porque también, a finales de los años cuarenta, había personas que consideraban que lo mejor era meterle “pico y pala” a la Antigua y modernizarla totalmente. Alababan los edificios de

hormigón armado y las gasolineras que se construyeron en esa época como el principio de la modernidad para dejar atrás el pasado colonial (Coronado, 1953).

Sin hombres con tanta visión de futuro como Wilson Popenoe o Verle Annis, probablemente no quedaría nada o casi nada de la Antigua, probablemente no habría tanto turismo como hay hoy en día y probablemente los habitantes de la Antigua solamente la utilizarían como ciudad dormitorio yendo a diario a trabajar a la ciudad³.

Se ha incrementado el número de turistas a lo largo de los años, lo que ha hecho un gran impacto en la economía de la región. Hay muchos alojamientos de gran calidad, y se ha desarrollado un sector de hoteles cinco estrellas que ofrecen a sus huéspedes lo mejor que se produce en el país.

Poco a poco, la Antigua se ha convertido en esa ciudad “moderna” que deseaba el autor de la monografía de Sacatepéquez. Tiene todos los servicios que se pueden desear en una ciudad pequeña, pero sin dejar por ello de conservar su perfil histórico lo mejor posible, así como sus casas bajas de casi siempre un nivel, los techos a dos aguas y los patios con corredores a los lados. Cuando el turista conoce la Casa Popenoe, descubre una auténtica casa colonial y se sumerge en ese mundo antiguo y lejano.

Cuando subimos a la terraza, los turistas se maravillan de esta ciudad, con perfil del pasado y con los mejores restaurantes, hoteles, spas y entretenimientos que hay en Guatemala, donde la tradición está al lado de la modernidad y donde la vida continúa, rodeada de conventos derruidos y casas restauradas al estilo colonial. Definitivamente, una interesante mezcla que atrae a miles de turistas y hace de la Antigua el destino preferido no solo para los extranjeros sino para los guatemaltecos.

El hotel más famoso de la Antigua es el Hotel Santo Domingo. Para hablar de este hotel, tenemos que escribir un poco de su pasado ya en estado de ruina, después del terremoto de 1773.

³ Actualmente hay gente que viaja diariamente a sus puestos de trabajo en Guatemala, pero gracias a todos los servicios que hay para turistas y al desarrollo de las fábricas cercanas a la Antigua, no es el 90% de la población.

Los dominicos fueron de los primeros en llegar a la nueva Guatemala, porque su convento con el terremoto quedó muy destruido. Se llevaron la imagen de la Virgen del Rosario que hoy se encuentra en Guatemala.

Con el tiempo, el abandonado convento se empezó a dividir en pequeñas propiedades y a ocuparse con viviendas. En su atrio se construyó la escuela Luis Mena, también se ubicó el Instituto para varones (INVAL) que luego del terremoto de 1976 quedó muy dañado y fue demolido y se cambió su ubicación. Lo que quedó de la propiedad fue adquirido por Edwin y Virginia Shook, quienes hicieron su residencia a un costado y fundaron un centro de consulta arqueológica. La empresa PROTUNACSA, empresa representante de Hotel Santo Domingo, le compró a Shook el convento en ruinas en 1986.

En un principio se pensaba urbanizar el terreno, pero, poco después, Jorge Castañeda conoció más a los Shook, y ellos le compartieron su idea de hacer un centro cultural en el terreno. Además, entró en contacto con Marion Popenoe, la hija de Dorothy y Wilson Popenoe, quien había excavado el sitio arqueológico Kaminal Juyú. Poco a poco, empezó a comprender lo importante de las excavaciones, del rescate de la historia y de preservar lo que se pudiera con vistas al futuro.

Jorge Castañeda se quedó a cargo de la empresa, y decidió cambiar el destino del convento y el de la propia ciudad, ya que se quedó como propietario del convento y comenzó a desarrollar su idea. Quería hacer un hotel para atraer al turismo, pero integrándolo con la cultura. Desde el principio pensó en un turismo cultural.

Se hizo una exhaustiva excavación, utilizaron la parte que ya habían habitado los Shook para habilitar el restaurante y las habitaciones, desescombraron la iglesia y la volvieron utilizable, y empezaron a ofrecer misas cada domingo. Poco a poco, el proyecto fue agrandándose, de forma integral, siempre con la idea de dar un servicio de cinco estrellas. Muchas de las ideas que tuvieron de combinar arte, servicios y cultura, fueron proporcionadas por el ingeniero del proyecto, Amerigo Giracca. Jorge Castañeda confió en sus detalles y consejos para ir restaurando y rehabilitando la vieja ruina.

En la Antigua Guatemala, ya había dos hoteles que ofrecían un buen servicio, uno de ellos era la posada de Don Rodrigo, el otro era el Hotel Antigua, pero la idea de Castañeda fue la de

hacer algo único, en medio de las ruinas, integrándolas con la elegancia, la cultura, la religión y el arte. Todo esto con un proyecto viable, sostenible y amable con el entorno.

Procuraron mantener siempre la idea de un hotel museo, para que los visitantes y huéspedes vieran cómo era la escultura, la pintura, los muebles, las vajillas y la arquitectura colonial. Su idea era dar un servicio que sus visitantes admiraran y los llevara a recorrer la zona y maravillarse del arte colonial. Desde siempre, el hotel estuvo abierto al público, con lo que cualquiera pudiera pasear por sus pasillos y sus jardines, ver sus imágenes, pinturas, muebles y adornos coloniales. Paulatinamente y de modo paralelo al proyecto arquitectónico, arqueológico y hotelero, fueron abriendo los museos.

Poco a poco, fue restaurando el convento hasta convertirlo en un hotel de cinco estrellas con el confort de lo contemporáneo y lo romántico de lo antiguo. Su hotel es número uno en visitantes y huéspedes y ha servido de ejemplo para más de quince nuevos hoteles de cinco estrellas en la Antigua, además de ser muy utilizado para bodas.

Las bodas ya se efectuaban en las ruinas de los conventos en la Antigua Guatemala desde algún tiempo atrás, sin embargo, el empuje que le dio Casa Santo Domingo por su entorno, su decoración, su originalidad y elegancia, puso a la Antigua Guatemala entre los primeros diez lugares más buscados en el mundo para hacer bodas.

A medida que fue creciendo el hotel, se agrupó con otros hoteles para hacer “Destino 5 estrellas”, donde procuraron no solo mantener alto el perfil de los hoteles y llenar los estándares de confort y elegancia, como también empezar a preocuparse por su entorno. Si querían que sus visitantes llegaran cada vez en mayor número, se dieron cuenta de que tenían que mejorar también la apariencia de la Antigua para que fuera más agradable a sus visitantes y quisieran quedarse más tiempo. Empezaron a organizarse con varios empresarios y lograron una cuantiosa donación para enterrar los cables de electricidad y alumbrado público en el centro de la Antigua. El cambio fue total, se empezó a formar otra rama de esta misma organización de empresarios: “Mantengamos Antigua limpia”; con ella se limpiaron fachadas, aceras, calles... “Mantengamos Antigua limpia” ha sido utilizada como modelo en otras poblaciones, solo que la iniciativa en esos lugares ya no es privada sino municipal.

Luego, Jorge Castañeda empezó a pensar que necesitaba que los turistas llegaran desde la ciudad a la Antigua y que debían garantizar el ornato de este tramo, todo pensando en dar un destino 5 estrellas para la Antigua. Entonces se creó “La ruta del orgullo”, una empresa dedicada a mantener el ornato y el asfalto desde Mixco hasta la Antigua. Se puede decir que, de todas las carreteras de Guatemala, esta es, sin duda, la que se mantiene en mejores condiciones y además es muy agradable.

Casa Santo Domingo creó también una división de su trabajo que se llama “Empresa con conciencia”, donde se trata de ayudar a los trabajadores dándoles la oportunidad de mejorar en estudios, dándoles todo el tiempo capacitaciones e incentivos para desarrollarse profesionalmente. Hay también capacitaciones en restauración, se reciben grupos de colegios y universidades y hay diferentes talleres para ellos.

También con Amerigo Giracca emprendieron otro proyecto, el del Tenedor del Cerro. Este proyecto se concibió porque Jorge Castañeda visitó un lugar en México donde se habían reunido artistas de diferente tipo en una colina, y tenían una comunidad donde los turistas llegaban y veían cómo convivían y trabajaban sus obras de arte. Le encantó la idea y llamó a nuestro artista más emblemático, Efraín Recinos, que con su gran generosidad ofreció mucho de su arte y de su experiencia y capacitación, y poco a poco se cambió la idea y surgieron diferentes actividades. Se creó el restaurante El Tenedor, para hacer viable el proyecto, y que cubriera totalmente los gastos de tener abierto al público el espacio cultural donde están muchos murales de Efraín Recinos y otros grandes artistas guatemaltecos. Hay un centro de convenciones y una capilla ecuménica donde se pueden realizar ceremonias religiosas. Se ha abierto un pequeño museo en homenaje al artista Efraín Recinos, se ha dado espacio a artesanos para que vendan sus productos y hay una serie de actividades que se realizan en el cerro. También se ha hecho otro pequeño museo a Miguel Ángel Asturias, para que los miles de personas que visitan el Cerro lo conozcan y sepan su historia. Al ser un trabajo integral y consciente, ha ayudado con ciertas mejoras al pueblo adyacente al Cerro, Santa Inés del Monte Pulciano, para paliar el desgaste, contaminación y tráfico de haber abierto el Tenedor del Cerro allá arriba.

Ahora están pensando en hacer un hotel certificado ecológicamente, para lo que tiene que ser aprobado, lo cual depende de su uso consciente de la energía renovable y eficiente, manejo de basuras y desechos de forma correcta, formación continua de empleados, tratar de contratar a personas que vivan en las cercanías, mantener flora y fauna, utilizar productos locales, etc.

En fin, es una empresa que cada día gana más, ya que, entre otros eventos, recibe al menos cuatro convenciones y seis bodas al mes. Tienen una alta ocupación en sus habitaciones y los restaurantes con los que cuentan están siempre solicitados incluso entre semana. Cada mes, más de 10,000 personas visitan el Cerro, y el Paseo de los Museos es visitado anualmente por más de 35,000 personas, sin contar con los huéspedes que, evidentemente, también lo visitan. Cada vez que llega una empresa grande, como Mc Donalds o San Martín, se les invita a colaborar en los proyectos, porque la Antigua “Destino 5 estrellas”, “La ruta del orgullo” y “Mosaico cultural” son programas que están beneficiando a todos y, cuanto más se ayude a mejorar la Antigua y sus alrededores, más mejorarán los beneficios de todos (Suasnavar, 2016).

Con lo expuesto anteriormente, llegamos a la conclusión de que estos individuos han hecho mucho más por la Antigua que instituciones gubernamentales desde el terremoto. Ellos se han preocupado por conservar, proteger y realzar el valor del arte colonial, y han demostrado que puede hacerse de forma sostenible. Se pueden desarrollar proyectos culturales y se pueden revalorizar las casas coloniales. Si Wilson Popenoe no hubiera restaurado una casa y la hubiera abierto al público, sin todos los personajes que se movieron alrededor de él como Verle Annis, como Louise Adamic, como muchísimos guatemaltecos que fueron en peregrinación a su casa para que les aconsejara sobre cómo hacer tal o cual restauración, el valor del suelo de la Antigua no sería igual. No sería uno de los lugares más maravillosos para vivir, donde el arte colonial guatemalteco se ha revalorizado al igual que sus costumbres y sus tradiciones.

Además, para terminar, lo que no hizo Wilson Popenoe para la Antigua lo hizo Jorge Castañeda, quien, conociendo el legado de los Popenoe, a su hija Marion, y todo lo que ella

descubrió y revalorizó en las excavaciones arqueológicas de Kaminal Juyú, decidió, con su empresa, crear un negocio responsable, integral y viable.

No necesitamos de ONG ni de presupuestos del gobierno para hacer de esta ciudad la ciudad más hermosa de Guatemala. Aquí, los propietarios y los empresarios conscientes saben valorizar la ciudad, y saben que invertir en ella es generar mucha más ganancia para ellos y para las generaciones futuras.

Bibliografía

Aceña, Ramón, "La Antigua Guatemala". *La Ilustración Guatemalteca*, Guatemala, 1896, págs. 134-136.

Annis, Verle, *La arquitectura de la Antigua Guatemala 1543-1773*. Universidad San Carlos, Guatemala, 1968.

Ariza Poitevín, Matilde, "La Antigua Guatemala". *La Ilustración Guatemalteca*, Guatemala, 1897, págs. 179-182.

Coronado, J. Adrian, *Monografía del departamento de Sacatepéquez*, Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1953.

Catedra de Cultura, *Economía de Guatemala en los siglos XVIII y XIX*, Universidad San Carlos de Guatemala, 1968, Vol. 65.

Lara Figueroa, Celso A., "La ciudad de Santiago de Guatemala en el siglo XIX". *La Hora*. 24 julio 2010. Consultado en <http://lahora.gt/hemeroteca-lh/la-ciudad-de-santiago-de-guatemala-en-el-siglo-xix/>

Maudslay, Alfred Percival, y Anne Cary Maudslay, *A Glimpse at Guatemala*. John Murray, Londres, 1898.

Melchor, Johan, *Vida social y religiosa de la Antigua Guatemala. Tesis de licenciatura*. Universidad del Valle, Guatemala, 2003.

Popenoe, Dorothy, *Santiago de los Caballeros de Guatemala*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1933.

Rosengarten Jr., Frederic, *Wilson Popenoe, Agricultural Explorer, Educator, and Friend of Latin America*. National Tropical Botanical Garden, Hawaii, 1991.

Rubio Sánchez, Manuel, *Monografía de la ciudad de Antigua Guatemala. Tomo 1*. Tipografía Nacional, Guatemala, 1989.

Suasnívar, Ana Claudia, *Entrevista personal*. La Antigua Guatemala, 28 de julio de 2016.

Sweden, Prince Wilhem of, *Between Two Continents*. Eveleigh, Nash and Grayson, Londres, 1922.

Wikipedia, *Antigua Guatemala*, https://es.wikipedia.org/wiki/Antigua_Guatemala, consultado el 1 agosto 2016.

Zilbermann de Luján, Cristina, *Aspectos socioeconómicos del traslado de la ciudad de Guatemala (1773-1783)*. Academia de Geografía e Historia, Guatemala, 1987.